

## RESEÑAS

### CRÍTICA Y ENSAYO

Antonio Candau. *La obra narrativa de José María Merino*. León, Diputación Provincial de León, 1992, 148 pp.

En calidad y en número, la producción de José María Merino como autor de novelas y de relatos, es digna del más atento estudio, aunque se haya publicado entre 1976 y 1992, radio temporal que las Universidades (no sólo en España) solían considerar, por demasiado próximo, fuera de sus inveteradas atribuciones, hasta fecha no muy lejana.

Es, por esto, una experiencia realmente gozosa leer la tesis doctoral de un joven español acerca de un escritor español todavía joven editada con toda pulcritud en la ciudad provincial a la que el escritor ha dedicado lo mejor de su esfuerzo, y aún más si se repara en que la tesis se gestó en una Universidad de Norteamérica.

Sobre todo: la tesis misma, el libro en su forma final, bien puede estimarse un modelo de esmero y de lucidez. Y, curiosamente, aunque se lee con tanto agrado como enriquecimiento de la comprensión y del saber, posee la gracia —olvidada— de aquellas tesis doctorales de hace un siglo en las que se quería mostrar punto por punto una idea cardinal, exhibida siempre entre los varios argumentos desplegados para sostenerla.

La idea cardinal es la fuerza generadora de relatos que en la narrativa de Merino ofrecen las tres unidades básicas: el espacio, el tiempo y la acción (aquí llamada «el sujeto», o sea, el personaje; pero el personaje no es nada —salvo quizá en un retrato estático— si no es motor de alguna acción). El espacio genera relatos, el tiempo genera relatos, el sujeto genera relatos. Resumiendo el sentido último del estudio, podría decirse que es la mostración, docta e inspirada, de la productividad narrante de espacio, tiempo y personaje.

Esta claridad en el trazado de las líneas compositivas viene subrayada por el recurso a tres autoridades (alegadas con despierta asimilación crítica, no mecánicamente): Bachelard para la imaginación del espacio, Ricoeur (y Brooks) para la configuración y refiguración del tiempo, Aristóteles (y Cave) para la problemática de la identidad del sujeto. Favorece aún más la nitidez del planteamiento el realce que adquieren a lo largo del estudio tres figuras «retóricas» que presiden el ejercicio narrativo de José María Merino: la prosopopeya (fuerza personificante del espacio), la analepsis (abertura múltiple hacia el pasado a fin de iluminar el presente) y la anagnórisis (reconocimiento —o desconocimiento— de la persona en el proceso de busca de su identidad).

El examen de *El caldero de oro* muestra la construcción de esta novela como un complejo de plurales analepsis encauzadas a ordenar el caos, el de *La orilla oscura* (donde el caos va prosperando hasta el fin) descubre en el tejido de esta novela intentos de anagnórisis que resultan vanos, confusos o malogrados para los personajes, pero engendran ficciones. A estas dos novelas y a *La novela de Andrés Choz* dedica Antonio Candau los más fructuosos análisis, sin descuidar los relatos breves, que le sirven constantemente para probar la coherencia de unos procedimientos y de unas tendencias y obsesiones en la obra total del inventivo escritor leonés (León se recobra y se constituye literariamente gracias a Merino, Mateo Díez, Aparicio y unos pocos más).

De una obsesión muy pronunciada en la narrativa de Merino, la consistente en indeterminar las posibles fronteras entre realidad, sueño y ficción, parece ir saliendo el escritor en su novela última, *El centro del aire* (1991), de la que se ocupa Antonio Candau en un «apéndice» y a la cual atiende también Ángel Loureiro en unos párrafos de su «prólogo», densa y diáfana sinopsis de la que cito, con pleno asentimiento, las líneas finales:

Hombre erudito, pero sin asomo de dogmatismo o pedantería [Antonio Candau] combina la abundancia de lecturas con un conocimiento profundo de la teoría de la novela, y de tales cualidades ha resultado uno de los mejores libros sobre un novelista español de posguerra. Por lo cual le quedamos muy agradecidos los muchos admiradores de ese gran novelista que se llama Merino.

Así es, y quiero recordar para lectores posiblemente no bien in-

formados que quien escribe esas líneas prologales es el autor de otro de los mejores libros sobre un novelista español de guerra y posguerra: el consagrado a Gonzalo Torrente Ballester (*Mentira y seducción, La trilogía fantástica de Torrente Ballester*, Madrid: Castalia, 1990).

También quisiera recordar aquellos momentos de la concienzuda monografía de Antonio Candau que han estimulado de un modo más vivo mi personal interés en su estudio y en la obra estudiada: la «tercera orilla» de Merino como encuentro de lo onírico, lo imaginativo y lo racional (pág. 33); los «espacios-relato» o lugares que procrean relatos y fomentan encadenamientos narrativos (55); Merino propicio más al tiempo cíclico y al eterno retorno que a la visión apocalíptica (88); el unamunismo 'creador-criatura' entre Choz y Ons, protagonistas de la primera novela de Merino (111). Y, aparte otros numerosos momentos, veo el estímulo mayor de este libro en su armónica conjunción de un extenso saber y de un intenso entender, la voluntad de precisión de éste dominando siempre a la ilimitada y admirable curiosidad de aquél.

Columbia University

GONZALO SOBEJANO

Robert L. Nicholas. *El sainete serio*. Murcia, Universidad de Murcia, 1992, 118 pp.

Nicholas estudia tres obras dramáticas que han tenido un enorme impacto en la posguerra española: *Historia de una escalera* (1949) de Buero, *La camisa* (1962) de Olmo y *Las bicicletas son para el verano* (1982) de Fernán-Gómez. Estas obras reflejan tres distintos momentos históricos que corresponden a sus respectivos estrenos. Nicholas cree que, a partir de 1939, hay cinco estrenos que han dejado una huella indeleble en la historia socio-cultural de España. Entre ellos figuran los de las tres obras que analiza; los otros dos son los de *Escuadra hacia la muerte* (1953) de Sastre y *Las arrecogías* (1977) de Martín Recuerda.

Nicholas afirma que el «sainete serio» es un «género nuevo» que toma ciertos rasgos del sainete tradicional, prescindiendo de su visión acrítica. Lo cierto es que muchas obras de los mejores autores teatrales actuales se basan en el sainete: *Hoy es fiesta* de Buero, *La taberna fantástica* de Sastre y varias piezas de Rodríguez